

IRENE. — (Lo abraza a Neumann tomándole el cuello.) Mi maridito adorado, tenía tantos deseos de verte.

NEUMANN. — Yo también, yo también.

IRENE. — Otra vez no debes dejarme sola tanto tiempo. (Lo besa varias veces, aparentando pasión).

MOLLER. — (Furioso de celos). Cómo lo besa, yo lo estrangulo.

IRENE. — (Despacio, a Neumann.) Béseme usted también.

NEUMANN. — (Idem.) Con mil amores. (La besa repetidas veces, aparte.) En este lío yo soy el que saco la mejor tajada. (Vuelve a besarla).

MOLLER. — (Furioso le da un golpe en las costillas.) ¡Quiere dejar de besarla!

AMALIA. — Parece una pareja feliz.

MOLLER. — (Furioso.) Sí, muy feliz.

AMALIA. — (A Neumann.) Sólo me extraña que ustedes no tengan hijos.

NEUMANN. — Oh, lo que no es hoy, podrá ser mañana, ¿verdad mi nena? (La besa).

IRENE. — Naturalmente, amor mío. (Mira sonriente a Möller).

MOLLER. — (Con rabia, aparte.) A este hombre yo lo enveneno. (Llaman.) ¡Adelante!

*Dichos, Sombrerera, luego Constein*

SOMBRERERA. — (Con dos cajas de sombreros, por el foro.) La patrona les saluda y aquí traigo los sombreros encargados. (Pone las cajas sobre la mesa y luego hace mutis).

AMALIA. — (Asombrada.) ¡Sombreros! ¡Tenéis también sombreros!

MOLLER. — Pero es claro, estas son nuestras.

NEUMANN. — Son para Java. Los javaneses no llevan nuestra ropa, pero los sombreros los quieren a la última moda.

ANA. — (Ha sacado un sombrero de la caja.) Mira mamá qué bonito es.

AMALIA. — (Va hacia ella.) Quizás me esté bien uno a mí. (Ambas se sacan sus sombreros y se prueban los nuevos.) (Neumann está junto a ellas y da su opinión).

CONSTEIN. — (Por el centro, aparte.) ¡Qué pasa aquí? ¡Sombreros! ¡Otro lio!

IRENE. — (Despacio, furiosa, a Möller.) Esos son mis sombreros.

MOLLER. — (Despacio.) Te compraré otros. Cállate. (Va junto a Amalia).

MAX. — (Saca los zapatos por el cuarto del teléfono).

IRENE. — (Despacio, a Constein.) Constein, mire usted, ¿qué significan esos zapatos?

CONSTEIN. — (Despacio.) Max está ahí dentro. Yo no pude sacarlo de aquí.

IRENE. — Si Teobaldo lo vé.

MOLLER. — (Ve los zapatos, todo asombrado, juego de mimica; a Constein.) ¡Y esos zapatos, de quién son?

CONSTEIN. — (Rápido.) Son míos.

MOLLER. — ¡Pero, por qué están ahí?

AMALIA. — Teobaldo, dime, ¡no es este sombrero un encanto!

MOLLER. — Enseguida voy, mujereita mía. (Va hacia ella).

ANA. — Papá, yo me quedo con este.

MAX. — (Saca los pantalones y los cuelga fuera).

IRENE. — (Asustada a Constein.) Los pantalones, los pantalones, mire usted Constein.

CONSTEIN. — Este hombre se ha vuelto loco, cree que está en un hotel.

MOLLER. — (A Constein.) Constein, usted tiene que sacar a mi esposa de aquí, estamos bailando sobre un volcán. (Ve colgar los pantalones.) ¡Pero, de dónde salen esos pantalones? (Extiende los pantalones.)

CONSTEIN. — Son míos, señor Möller.

